

EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

AÑO I.

15 de Junio de 1869.

NÚM. 6.

INFLUENCIA DE LAS CRUZADAS EN LA CIVILIZACION DE EUROPA.

(CONCLUSION.)

II.

Las expediciones á la Palestina fueron una idea feliz y una empresa extraordinaria: pedidas en nombre del clero y ejecutadas por la nobleza refluieron siempre en beneficio del pueblo. Este reportó considerables ventajas, siendo la primera y principal verse libre de una turba de opresores que encontraron en Oriente un vasto y glorioso sepulcro. Las cruzadas fueron germen de acontecimientos decisivos, pues que se anunció la emancipacion de los comunes, se modificó para desaparecer mas tarde el vasallaje, apareció el estado llano, resucitó la industria, se fomentó el comercio, adelantó la navegacion, las ciudades italianas se hicieron de fortuna, y las naciones todas se asentaron en las más sólidas bases de los estados modernos: y esto no fué la obra de un dia, fué sí la obra de los siglos; que una vez comenzada, la humanidad no ha dejado de marchar con paso firme y decidido á su posible perfeccionamiento: los pueblos todos, ya con esfuerzos de la inteligencia, ya con arranques del entusiasmo, se mostraban cansados de la anarquía feudal y deseaban reposar tranquilamente en un pensamiento de porvenir y de gloria.

Algunos criticos del siglo pasado, al apreciar las cruzadas, han cerrado los ojos á la luz de la verdad y no han querido ver más que el fanatismo, la rusticidad, la ignorancia, en fin, de aquellos cristianos: y sin reconocer las ventajas positivas que de ellas hemos reportado, se limitaron á presentar sólo sus inconvenientes exagerándolos con sobrada malicia: y ciertamente que esta no es la manera de estudiar los grandes acontecimientos; por que jamás se les debe considerar de una manera parcial y aislada, y sí en su magestuoso conjunto. Y si las guerras contra los infieles fundaron la libertad civil en Europa, si aca-

baron en buen hora con las luchas intestinas empleando mejor el espíritu emprendedor y caballeresco; si ganaron á todas luces las letras, las ciencias y las artes; si las naciones conocieron su valor y las clases sociales su poder; si los países cambiaban sus productos y sus ideas, y si por último las cruzadas salvaron á los pueblos de Occidente de la invasion amenazadora de los turcos, retardando cerca de dos siglos la caida de la monarquía cristiana de Constantinopla, hay que reconocer de buena voluntad que la civilizacion moderna debe en gran parte sus conquistas á aquel señalado triunfo de la religion, que fué á la vez una comprometida aventura para el feudalismo.

Con efecto, examinando atentamente los resultados, parece que el primero debió ser aliarse el genio latino con el genio de la antigua Bizancio; y sin embargo no sucedió así, por que aquel pueblo se moría física y moralmente, y no habia poder en lo humano capaz de regenerarlo: sus elementos se hallaban en descomposicion, y no fué poco que ya conquistado, ya defendido por los valientes catalanes, ya en enemiga con ellos, se sostuvieran con una existencia política hasta mediados del siglo XV.

En cambio los occidentales que emprendieron las cruzadas con una conviccion tan profunda, con un fin moral tan levantado, ganaron mucho para sí y para la humanidad entera, pues se publicó en Europa la *tregua de Dios*, y los pueblos se vieron libres del dominio fiero de la espada que tantas veces ensangrentó las ciudades y los campos. Los normandos que imperaban en Inglaterra y en Italia, al ocuparse en la Tierra Santa, dejaron que aquí creciera la civilizacion fecunda á la sombra de la paz: el hombre de la aldea respiró tranquilo, mientras el dueño de su vida, honor y bienes, guerreaba en Palestina; tomó hábitos ménos serviles cuando los feudos quedaron en manos de administradores, y los nobles á su vuelta conocieron que no tenían fuerza ni derecho, para sacar á sus vasallos de la legítima senda que con tanta oportunidad supieron emprender.

No faltará quien diga que, confundidos los

pueblos entonces á su manera, se comunicaron sus malas cualidades; pero aunque esto pudiera tener visos de probabilidad, no es de apetecer siempre el aislamiento, estorbando que se acerquen unos á otros los elementos de la gran familia humana; además que es general en la historia no realizarse los grandes acontecimientos, sino á costa de tiempo y de penosos sacrificios: con todo ningún ejército hubo tan preocupado de una idea, nunca se han reparado con tantas fundaciones piadosas las tristes consecuencias de la guerra, ni estuvieron los soldados tan cerca de gustar los encantos de la virtud: y es que la humildad y la abnegación lucían con todo su esplendor en los caballeros que se proponían emular noblemente las distinguidas figuras de Godofredo, del gran maestre de los Hospitalarios, de Tancredo y Ricardo de Inglaterra, que personificando el valor y la resignación, hicieron que las cruzadas se llamaran la guerra de los héroes y de los mártires.

Las diferencias de razas y gerarquías sociales de la Europa feudal, tenían separados los hombres á gran distancia, la cual se fué reduciendo hasta desaparecer por completo, cuando el sentimiento que inspiraba á aquellos expedicionarios les hacía recordar su común origen, y encaminarse á un mismo fin, llamándose todos hermanos por el cristianismo desde el Tigris al Atlántico.

Hasta la piedad y el honor de la mujer tuvieron su parte en las desgracias y en el heroísmo, como lo dicen las Florinas de Borgoña, las Margaritas y Adelaidas, que supieron muchas veces, salvar la honra de los guerreros y ayudarles en sus atrevidas empresas.

Pero descuella en las cruzadas el noble y generoso instituto de la caballería, haciendo frente al poder inhumano y esclavizante de los grandes señores; se observa á los caballeros animados de belicosos sentimientos, respirando desinterés, amor á la gloria y celo por la justicia: su mas adecuada expresión fué la eclesiástico-militar, pues que reunidas para un fin común, y libres de toda independencia ya feudal, ya nacional, se presentaban como guerreros por Jesucristo, ofreciendo á los nobles un asilo cristiano durante la paz, y una ocasión de heroísmo durante la guerra: hasta la nobleza tomó nuevo carácter, porque al lado del valor ostentaban en proporciónada medida, las virtudes del espíritu, en entusiasmo, fervor, delicadeza y galantería; entonces sus hazañas se escribieron en las inmortales páginas de la historia, por que saliendo de sus castillos, conquistaron reinos y se sentaron victoriosos en los tronos de David y Constantino.

Al benéfico influjo de tan generosas ideas era imposible que el siervo dejara de desprenderse de la tierra: así vemos que era libre de cruzarse y aprovechar cuantos privilegios concedía la iglesia, borrando de este modo el sello de la esclavitud personal: hecho peregrino, era mirado como cosa sagrada, y aunque pobre, tuvo su historia, que satisfecho pudo referirla al lado de la de su señor á quien de continuo auxiliaba, viéndose ya prácticamente que no había peligro de ningún género en conceder al hombre los derechos todos del hombre.

Por otra parte los nobles saliendo de sus fortalezas, ocuparon un lugar en la sociedad; y ya cerca de los reyes, ya cerca de las damas, se aficionaron á las comodidades y al lujo, siendo por lo mismo fomentada la industria. Las telas de Damasco llamaron la atención de Europa y se imitaron en Palermo, Módena, Luca y Milan: el vidrio y los espejos se fabricaron en Venecia: se aprendió á bruñir el acero: se perfeccionaron los cincelados con vista de los primores orientales; y tambien progresó el arte de esmaltar y del platero de una manera rápida, cuando hubo necesidad de adornar las reliquias que trajeron los cruzados.

Iban corriendo los tiempos y emancipándose las industrias por el trabajo: de aquí parte la importancia que merecidamente se dió al hombre del pueblo, que dueño de su actividad derramó medios entre los pobres para hacer la vida cómoda y tranquila, y ganarse la independencia en la esfera civil: veníase pues preparando el establecimiento de los comunes desde que el señor feudal vió en sus campesinos hombres de valer, y á quienes en la ocasión tenía que demandar sus poderosos auxilios: la clase media, nervio el mas poderoso de toda sociedad, se hacía lugar á beneficio de la paz que en las campañas se disfrutaba y de la humillación de los nobles, recibiendo á la sazón elementos de vida del clero, que no tenía competencia en la administración de justicia, y que cumpliendo su misión sobre la tierra era protector energético de los desvalidos.

La equidad y el orden pudieron lucir mejor en los gobiernos cuando iba desapareciendo el obstáculo de los señores feudales: los municipios y las repúblicas establecían ó aseguraban su libertad: se abolieron prácticas contrarias á la seguridad, y por este medio en alas del poder privado, se levantó á merecida altura el poder público: la monarquía ganó mucho con la guerra santa, pues hizo suyos por compra ó por vacantes muchos feudos, que en otro caso no hubiera podido incorporarse: los pueblos á su vez se acostumbraron á dirigir su vista á los reyes,

para demandarles proteccion y adquirir importancia en la vida social.

Por otra parte, si es una verdad reconocida por todos, que la vista de nuevos paises y el contacto con otras costumbres, ensancha ilimitadamente el horizonte de las ideas, y si la sociedad feudal por serlo representaba la gran division y fraccionamiento anterior, cuando á nadie daba más patria que su reducido campo; he aquí cómo la humanidad se lanza por ignorados caminos á realizar las más importantes conquistas. Italia enseña los magestuosos restos de la civilizacion antigua pagana y los primeros ensayos de la cultura entonces naciente. Los cruzados dieron publicidad á las escuelas de Bolonia, Salerno, el monte Casino, Tesalónica y Constantinopla. Sicilia y Verona mostraron formas mas regulares de gobierno: Venecia hizo comprender que habia otra libertad más aceptable que la individual de los germanos; y hasta la legislación y las doctrinas de hacienda ganaron en aquel movimiento, porque las leyes empezaron á ser locales, se examinaron á la luz de la razon, siendo innegable que el *diezmo sarraceno* proporcionó las bases para los impuestos que los reyes habian de exigir, los cuales, si bien se hicieron permanentes, dejaron de ser, como antes, arbitrarios.

Las regiones de Oriente sin duda recibieron ventajas de la comunicacion establecida, pues no obstante que para los musulmanes eran los cruzados verdaderos enemigos, y para los griegos hombres bárbaros, sin embargo unos y otros conocieron instituciones más liberales que el despotismo en que vivian, y aprendieron de una vez para siempre cómo se puede respetar la dignidad del individuo sin menoscabar un punto la autoridad pública.

Ni adelantaron poco los pueblos latinos con las guerras en Palestina, pues tomaron los conocimientos que los árabes poseian, y los que habian adquirido de los indios, persas, egipcios y griegos: así se importaron novelas y romances; la medicina y la farmacia usaron medicamentos desconocidos, ya que no métodos de curacion; los veloces caballos del desierto se hicieron objeto de aprecio en Europa: la caña de azúcar criada en las faldas del Líbano pasó á Sicilia y Andalucía y fué llevada por los españoles á América: la morera vino á ser un elemento de riqueza en Italia y las regiones del mediodía: los aromas se hicieron objeto de comun aprecio, y por fin, las artes aprendidas en Oriente se propagaron aquí como invenciones.

La Grecia que en el arte y literatura antigua presentó todos los primores del génio, se encontraba en los tiempos medios pobre y sin originalidad, y conservaba no obstante cierto

orden y esmero en las formas, desconocidos casi en el Occidente; y así los pueblos latinos tuvieron medios de refinar el gusto en presencia de los acabados modelos que en aquellas comarcas se conservaban: los clásicos pudieron producir sus frutos en la literatura europea; toda vez que las cruzadas retardaron hasta 1453 la caída de Constantinopla: así renació el sentimiento de lo bello y caminaron las artes á su posible perfeccion: las letras salieron de los santuarios cuando la guerra santa era la obra de todos: la historia elevó su estilo teniendo que hablar de prodigiosos hechos de valor: la poesia encontró en la realidad más de lo que hubiera podido crear en la imaginacion; y la geografía, por último, descubrió nuevos horizontes con muy costosos sacrificios; el hombre surcó atrevido los mares y con prolongados trabajos determinó muchas regiones del Oriente antes ignoradas.

Fué aun mayor la influencia que las cruzadas ejercieron en el comercio, porque tomó nueva direccion y desarrollo; enriqueció á las ciudades italianas por la necesidad de los trasportes y la importancia de los mercados que florecientes se extendieron en las costas de Siria, del mar Jónico y del mar Negro: se dió forma más conveniente á los buques: se abrió un inmenso cambio de telas y toda clase de mercaderías, naciendo la riqueza comercial origen de prosperidad y de fuerza, en cuya virtud la clase media se puso en estado de reclamar sus derechos, y de ejercer su legítimo poder.

Tampoco dejó de adelantar el arte de la guerra que se hizo menos mortífera y más decisiva en sus resultados: desaparecieron los obstáculos de la guerra feudal, se vió que los caballos no podian dar mucha confianza para pelear con los árabes, se observó la necesidad de hacer preparativos y tener un plan, se reparó el orden en los campamentos, se aplicaron máquinas para el ataque y defensa de las ciudades, las incendiarias empleadas por los árabes, aceleraron el descubrimiento de la pólvora, y sobre todo, el haber tenido tanto tiempo las tropas al mando de sus jefes, anunció el cercano día de la disciplina militar y de los ejércitos permanentes.

Los oficios mecánicos no pudieron menos de progresar con aquel general movimiento; pues sabido es que los cruzados, en su mayor número, ejercitaban un arte cualquiera que por lo regular, perfeccionaban en Oriente; los peregrinos no viajaban inútilmente, pues al lado de la guerra santa se emprendía una cruzada social, para aprender de los griegos y sarracenos, cuyos descubrimientos eran más apreciables que las mismas victorias.

Se operó, con aquella revolucion pausada,

un cambio en la condicion política, y fué, que en vez de la fuerza, se dirigian los hombres por la persuasion, el consejo ó el respeto, siendo este uno de los mayores adelantos del tiempo; además hubo progreso en la jurisprudencia y el derecho, porque la necesidad imperiosa que habia de prevenir los acontecimientos futuros, de otorgar testamentos y suscribir contratos, hizo bien pronto sentir la importancia de la ciencia jurídica para dar como corresponde á la justicia el imperio del mundo.

Y al lado de los príncipes, aparecen los pueblos que antes vencidos y ahora vencedores, levantan con poder su cabeza por cima de todo privilegio, y presagiando la ruina de la autoridad de los señores, hacen surgir con claridad y distincion la idea regeneradora de las libertades civiles: de modo que las guerras de la cruz dieron á los reyes los derechos de que les privaran los caudillos feudales, y substituyeron un nuevo orden de cosas al gastado organismo de la edad-media: en vez de castillo, hubo palacio; en vez de caballería, tribunales de justicia; en vez de siervos, colonos, y en vez de la sola y ya estéril profesion de las armas, hubo desarrollo considerable de la vida social é incomparables ventajas en la industria y el comercio.

Sin ese gran movimiento de la Europa en el siglo XI, diré, para terminar, con un crítico respetable, su civilizacion hubiera perecido entre los musulmanes sin desplegar su grandeza, ni mostrar sus virtudes, y tal vez nos domináran hoy la esclavitud y la barbarie, la opresion y la tiranía, que tan mal se avienen con la libertad y el amor, condensados en la religion santa de Jesucristo. En la pasmosa revolucion de las cruzadas, el Occidente se comprendió á sí mismo como la Grecia en la guerra de Troya, y conociendo todo su valor, se lanzó con pasos agigantados hácia más risueño porvenir.

RAMON IBAÑEZ.

LA LIBERTAD.

ODA.

¿Qué rumor popular los aires hiende,
que armonioso y sublime
en fuego de amor pátrio sacrosanto
el palpitante corazon enciende?
¿Qué luz en los espacios centellea?
¿Qué iris de paz extiende
sus brillantes colores encendidos

de uno á otro horizonte,
del llano al valle, de la selva al monte?
¿Qué armonia celestial, perdida vaga
ondulando del viento entre los giros
cual leve canto de escondida maga,
que semeja dulcísimos suspiros
del jóven corazon que se embriaga
con el primer amor? ¿Qué poderoso
gigante acento por los aires trueno,
que de uno al otro polo, fragoroso
el ancho mundo llena,
y el mar embravecido y proceloso,
temblar de amor haciendo en las alturas
de las esferas el celeste coro,
al trazar sus simbólicas figuras
en sus brillantes círculos de oro?
¿Qué palabra, qué acento, qué murmullo,
qué canto, qué vibrante melodia,
qué eco, qué rumor, qué dulce arrullo,
qué mística armonia,
qué aspiracion suprema, qué poesia
que no cabe en humano entendimiento,
cual himno gigantesco al cielo sube,
llenando inmenso la region del viento...?
Es que el pueblo potente al fin estalla
de libertad alzando el santo grito:
es que la humana dignidad batalla
por conquistar su honra; es que infinito,
hasta Dios se remonta el pensamiento
libertad aclamando; es que la idea
que en el fuego de Dios su fuego toma,
fulgente, libre y clara centellea.
Vedla: es la libertad! Sus alas bate
sobre la humana gente, y á su aliento
el corazon entusiasmado late,
y adquiere nuevo ser y nueva vida,
y lucha con valor; y si sucumbe
una vez, otras ciento se levanta
más poderosa aun, y otra vez vuelve
á la empeñada lucha, hasta que espanta
desde la altiva cumbre
de ardiente Sináí, sus enemigos,
con los vibrantes rayos de su lumbré!
Vedla: ¡es la libertad! En su mirada
arde el fuego de Dios: sobre su frente
brilla el sol con vivísimos fulgores;
la armonía es su acento, y á su paso,
á la luz de sus blancos resplandores,
la ferrada cadena del esclavo

se torna en lazo de aromadas flores.
Esa es la libertad! Faro divino,
misterioso fanal, supremo guía
que marcha precediendo en su camino
á la doliente humanidad, que ansía,
á través de los duros oleajes
de los mares del tiempo, la bravía
costa alcanzar, y reclinar su frente
cansada de la lucha de los siglos,
del suspirado puerto en la pendiente.

¡Esa es la libertad! Desde el Oriente
de los tiempos, en la India misteriosa,
el pobre ilota, que so el yugo gime
de la orgullosa raza que lo oprime,
cuando su sien reposa,
la acaricia en los sueños de esperanza
que evoca su deseo: republicana,
Grecia sella con sangre generosa
en Maraton, Platea y Salamina
su sed de libertad: Roma orgullosa,
al llevar por el mundo sus legiones,
atando venturosa
á su carro de triunfo las naciones,
gérmen de libertad tambien les lleva;
que si vencidas fueron,
con las cadenas que sus piés ataron,
hierros para vencer á sus señores,
al fuego de su patrio amor forjaron!

Y siempre de los pueblos precursora,
su existencia les dá; su fé les presta,
les envuelve en su llama bienhechora,
su aliento les infunde,
las anchas vías que recorren dora,
y con su augusto aspecto soberano
los poderes tiránicos confunde!

¡Esa es la libertad! Esa la diosa
que desde el musgo al cedro; desde el grano
de arena hasta la roca calcinada;
desde el insecto al hombre; del oscuro
planeta hasta los astros mas brillantes,
la vida regla, su progreso mide,
regula su existencia,
y sus leyes armónicas preside!

No hay bien sin libertad! De Dios esencia,
es la esencia del bien: y si un momento
bajo el látigo vil de los tiranos
se pretende humillarla,
rompiendo el duro hierro que la oprime,

se levanta indomable, y de la ofensa,
con sangre de sus hijos se redime.

¡Mártires, ¡ay! que de la hispana historia
con vuestro ilustre nombre
iluminais las páginas de gloria,
para que el mundo atónico se asombre,
para enseñanza de la humana gente,
para ejemplo y memoria,
dejad el hueco helado de la tumba,
que ya, en España, el sacrosanto grito
de patria y libertad tronando zumba!

Bravo, Padilla, Maldonado, Riego,
Lacy, Torrijos, mártires gloriosos;
y tú sombra querida y venerada,
tú, Mariana Pineda la esforzada,
la muger grande y fuerte,
honra, timbre y blason de mi Granada,
de mi torpe cancion al eco rudo,
descended á nosotros; y en la lucha
que hoy atrevida empieza,
sed para el pueblo proteccion y escudo;
de vuestra fé prestadle la grandeza,
y no hallará á su aliento empresa grande,
ni limite, ni valla
que no rompa valiente,
por conquistar, con ánimo esforzado,
la regeneracion porque batalla.

Y si la alcanzará: mis ojos leen
en el oscuro porvenir, impreso,
para mi heroica patria, un nuevo día
de libertad, de amor y de progreso.

¡Brille pues, esa aurora!
Más puros, de otro sol los resplandores
sus hebras de oro extiendan fecundantes
sobre la España altiva,
dando al espacio luz, vida y colores
donde este pueblo generoso viva!

¡Espíritu inmortal! ¡Libertad santa!
has roto las cadenas que oprimian
á la española raza: si el destino
nuevas luchas nos guarda, desde el cielo
donde tu altiva magestad se esconde,
para guiarlo en su triunfal camino,
tiende otra vez, ¡oh libertad! tu vuelo,
sobre el valiente pueblo granadino!

FRANCISCO J. CÓBOS.

LITERATURA CABALLERESCA.

Orígen de los libros de caballerías, y principales obras de este género, escritas en España, hasta la publicación del Quijote.

I.

El pueblo romano, realizando su providencial misión de unificarlo todo, había llegado á la cumbre de la prosperidad; al pináculo de la dicha y del poderío: como una consecuencia natural y lógica, la corrupción y la ignominia siguieron á la ventura y al lauro. Los adelantos y acrecentamientos que se obtienen y se conservan por la espada, embriagan á los pueblos; y tras la embriaguez viene el estupor y la muerte. Roma no era mas que una sombra de lo que fué, cuando Constantino declaró religion del estado á la cristiana. Admiremos la Providencia, que todo lo encamina y dirige; sí, porque al par que Constantino vence al tirano Majencio y declara que su fé es la católica, y al águila legionaria sustituye y reemplaza la Cruz del Redentor, las selvas del Norte se conmueven agitadas por los pasos de los pueblos germanos, que lentamente se acercan á las fronteras del imperio señor y tirano del mundo. Sin el cristianismo, fundente magnífico que ligó á estos pueblos con los latinos, el choque de los bárbaros con la afeminada sociedad romana, hubiera concluido con toda luz, y la civilizacion hubiera perecido en su cuna.

Una nueva era se abre desde que Odoacro, arrebatando de los hombros de Rómulo Augústulo la ya harapienta púrpura, concluye con el ridículo fantasma del imperio: periodo de lucha, de esterminio y de regeneracion. Las nacionalidades se crean, las lenguas se modifican, la literatura varía, y las instituciones politicas cambian. Edad calificada de bárbara es la edad-media, y con mas exactitud debiera llamársela grande. Este período histórico se trasparenta en los libros de caballerías. Constituyen estas ficciones unas epopeyas rudas é informes, en las que ora se pinta al caballero que vá en busca de aventuras á

incógnitos países: ora los combates singulares, ora las justas y los torneos; ya los amañados y maleficios del encantador que persigue al hazañoso doncel. Investigar los orígenes de la literatura caballeresca; hacer una reseña sucinta de las principales obras que en este género en nuestra patria se han escrito hasta la publicación del Quijote, es el objeto que nos proponemos.

II.

Tres opiniones se disputan el campo de la crítica en lo tocante al origen y procedencia de los libros de caballerías. Primera: la de los que creen encontrar el origen de la literatura caballeresca en las tradiciones que nos legó la musa de los vates helenos y latinos. Segunda: la de los que afirman que estos libros proceden de la literatura oriental. Tercera: la de aquellos que los atribuyen al influjo del elemento germánico y al espíritu de la edad-media. Nos dicen los partidarios de la primera opinion: el libro de caballerías es hijo de la clásica antigüedad. En efecto: si tiene un Orlando la edad-media, Grecia se honra con un Aquiles: si los caballeros ciñen armaduras y blanden espadas templadas en las aguas de esos rios misteriosos sin origen ni desembocadura que bañan el infierno, Aquiles y Hector poseen armas fabricadas por Vulcano y templadas en el Leteo. Si mil descomunales gigantes embarazan las empresas y ponen coto á las hazañas del gallardo caballero, los Briancos agrupan montañas sobre montañas y escalan el cielo. Mágicos, mónstruos y endriagos del Amadís y del Palmerín ¡ved vuestros progenitores en las encantadoras de Telesía, en las Gorgonas, en el Cancervero y el Pegaso! Los caballeros combaten en Apremont; Aquiles y Hector luchan bajo las murallas de Troya. En una palabra, cuanto de extraño y característico nos presenta la literatura caballeresca, otro tanto se observa en la literatura de Grecia y Roma. Semejante opinion es inadmisibile á nuestro entender. Fíjense sus autores exclusivamente en el vestido, en el ornato, en una palabra, en lo extrínseco de la fábula caballeresca, y descuidan de una manera lamentable el exámen de

la parte interna de este género de composiciones. Pero es más: aun en estos detalles que con tanto esmero y nimiedad citan, nada de-be la literatura de la edad-media á las literaturas clásicas. La parte intrínseca de los libros de caballerías, la constituyen y forman el respeto, la idealización de la muger, el individualismo. En Grecia y Roma no era otra cosa la muger que un instrumento de brutales placeres. El hombre en estas naciones confundía su personalidad con el estado. Hé aquí, pues, cómo, en lo sustancial, el libro de caballerías no puede derivarse de la antigüedad pagana. No podemos aceptar que lo externo en el libro de caballerías sea hijo de las creaciones de Homero y de Virgilio. La Iliada y la Odisea, la Eneida y tanta y tanta obra como nos legó el númen de los antiguos vates, yacían sepultadas en los archivos y bibliotecas. Y no se nos responda que tradicionalmente eran conocidos los héroes paganos por la plebe de la edad-media; la historia de la literatura desmiente aserto semejante.

Existe un pueblo en la península arábiga que cifra en la libertad su dicha, y que no posee mas riquezas que sus rebaños, su tienda de cuero y su fogoso corcel. Mahoma arroja á los árabes en el movimiento general de los pueblos: recorren gran parte del mundo conocido con el Coran en la siniestra y la espada en la diestra. Entran en España: los ejércitos de D. Rodrigo desaparecen ante la bandera del Islam como se disuelve y disipa la niebla á los rayos del sol. El pueblo árabe había penetrado en la Persia; de allí traía costumbres caballerescas; más tarde, las cruzadas ponen en comunicacion el Oriente con el Occidente y aun más se difunde y crece el espíritu caballeresco. De esta manera se expresan los partidarios de la segunda opinion; los arabistas. Pero no observan que la muger carece de significacion en Oriente, que la índole del génio semita repugna la poesia objetiva, y para concluir, que los encantamientos, los duendes, los génius y los trasgos no cabían dentro de las disposiciones coránicas. En Persia, cierto que florece la poesia objetiva; pero esto únicamente tiene lugar cuando el génio indo-europeo se sobrepone al semita.

Pero á más de esto, lo que por completo destruye la opinion que analizamos, es que antes que en el concilio de Clermont resona-se el entusiasta grito de «Dios lo quiere,» antes que el elemento semita tráspirase algun tanto trasladándose de la universidad cordobesa á Francia é Inglaterra, existian ya los libros de caballerías. La crónica de Moutmont es buena prueba de ello, por que como es sabido se compone de fragmentos caballerescos escritos probablemente del sétimo al noveno siglo: recopilóse esta crónica en 1151. Por lo que dicho llevamos, claro aparece que la opinion más aceptable y verosímil es la tercera.

Los pueblos apellidados bárbaros por la orgullosa Roma no carecian de literatura, como generalmente se asienta; buena prueba de esta verdad, la coleccion formada en tiempo de Carlo-Magno. La poesia de los godos, pueblo el más adelantado entre los de origen teutónico, era ruda, pero viva y animada; digna, en una palabra, de los vates que la escribian y de los héroes que celebraba. Los cantos de los primitivos bardos, encaminados á enaltecer y encomiar las hazañas de Herman, se han perdido; siendo muy lamentable la desaparicion de estos monumentos, por que merced á ellos, tal vez pudiera desentrañarse y aclararse algun tanto, lo que de oscuro tiene el origen de la literatura caballeresca.

Las poesias que el tiempo ha respetado dedicadas á recordar las hazañas de los Atilas y Teodoricos, tienen un sabor caballeresco.

La mitología de los pueblos del Norte, no es otra cosa que un poema; lucha continua y titánica entre el bien y el mal. La muger gozaba de gran consideracion entre los bárbaros, pero á más de esto debe tenerse en cuenta que la caballeria es un reflejo del espíritu de la edad-media. El feudalismo, institucion conveniente en su época, dió margen á bastantes abusos y tropelias que arrancaron al generoso corazon del hombre una protesta. La ley era en demasia débil y no podia extender su protectora influencia á todas partes: así es que donde esta no alcanzaba, hubiera de verse el individuo en la necesidad de protegerse y proteger á los demás,

y el caballero acudia en cumplimiento de la sagrada promesa que hizo al pié de los altares, á defender al débil y al inocente. Hé aquí la razon por qué aparece la caballería como un hecho general. Hé aquí por qué florece más en Francia é Inglaterra que en España é Italia. Podemos afirmar como corolario de lo que acabamos de exponer, que el libro de caballerías es hijo en su parte externa de la literatura germánica, en su parte interna refleja la edad-media, viniendo á ser de esta suerte palpable demostracion de el tan manoseado axioma: «la literatura no es más que el reflejo de la época en que vive y se desarrolla,» y como ha dicho el positivista Taine «el esqueleto donde el historiador y el filósofo estudian al hombre de las generaciones pasadas.»

III.

Antes de enumerar los principales libros de caballerías que en nuestra patria se escribieron, bueno será decir algunas palabras acerca de una cuestion que no deja de tener importancia.

El Sr. Amador de los Rios, que con tanta erudicion como ingenio, está historiando nuestra rica y gallarda literatura, se equivoca, á nuestro entender, cuando considera los libros de caballerías como una transformacion del arte vulgar erudito. La opinion del norteamericano Tikhnor, que los clasifica entre los géneros de literatura popular, nos parece más aceptable. En prueba de esto, basta fijar la atencion en los cuentos que aun hoy se escuchan en boca del vulgo y que no son otra cosa que fragmentos de libros de caballerías. Los elementos constitutivos de estos libros estaban en la mente de todos. Cervantes nos dice, que los segadores encontraban un rato de solaz y un momento de alivio á sus rudas tareas, leyendo de noche en la venta donde se albergaban, la historia de D. Cironcilio de Tracia. Saliendo del pueblo este género literario; siendo, permitasenos esta expresion, su pasto y alimento intelectual durante dos centurias; cómo afirma el ilustrado autor de la historia de la literatura española que los li-

bros de caballerías son una transformacion del arte erudito?

IV.

Indudablemente, en donde primero nacieron los libros de caballerías fué en la Normandía, la Bretaña francesa y en Inglaterra: así lo atestiguan los primeros libros que en este género se escribieron.

Casi desde su nacimiento, el género literario que es objeto del presente artículo, puede clasificarse en cuatro ciclos. El ciclo Breton que tiene por héroes á Artus y los caballeros de la Tabla Redonda: la principal obra de este ciclo es la crónica de Moumont. El ciclo Carlovingio: á este pertenece la tan célebre Crónica de Turpin. El ciclo Religioso iniciado por el libro titulado «Demanda del S. Crial.» El cuarto ciclo se refiere á las tradiciones góticas, francas y borgoñonas. Schlegel afirma que este ciclo tiene una base histórica.

Segun el Sr. Amador de los Rios, el origen de los libros de caballerías en España, debe buscarse en los *Votos de Pabon*. Tikhnor cree que esta obra es una continuacion del poema de Alejandro, de Juan Lorenzo de Segura; pero segun demuestra el Sr. Rios, no cabe duda de que es un poema caballeresco correspondiente al ciclo Carlovingio. Existen á más de esta, producciones que nunca han figurado en la historia de las letras patrias: tales son: «El noble cuento del emperador Carlo-Maynes de Roma e de la buena emperatriz su mujer.» 2.º: Estória del Rey Guillerme de Ingalatierra. 3.º: Feroso cuento de Otta e Florencia su fija e del buen caballero Esmere. 4.º: Cuento de la emperatriz de Roma e de su eastidad.» Estas composiciones pertenecen al ciclo Carlovingio, al Breton y al Religioso.

No seguiremos al erudito autor antes citado, en las investigaciones que acerca del origen y carácter de estas obras ha hecho: libro de más importancia, obra más trascendental en nuestra historia literaria, reclama nuestra atencion. El Amadís de Gaula, produccion que escitaba el entusiasmo de aquellos españoles del siglo XVI, que así empuñaban la espada para honra de nuestra nacion, como

la pluma para su enaltecimiento y gloria, merece ser conocido con algun detenimiento. Dicese comunmente, que esta obra fué escrita por un hidalgo portugués llamado Vasco de Lobeira; no se crea, sin embargo, que esto corre como moneda usual entre los portugueses: muchos escritores de esta nacion atribuyen la obra, ora á Pedro de Lobeiro, ya al infante D. Pedro, ya al infante D. Fernando. A más de esta divergencia que hace algun tanto sospechoso el origen del Amadís, es de notar, que el supuesto original portugués, se ha perdido; y aunque por algunos se afirma que existía en la biblioteca de los duques de Abeiro, es lo cierto que por más diligencias que se han hecho, no ha sido posible encontrarlo. Antes que las crónicas portuguesas atribuyesen el Amadís á Vasco de Lobeira, gozaba ya este libro de no escasa celebridad entre los castellanos. El canciller Pero Lopez de Ayala lo menciona con referencia á sus primeros años, lastimándose de haber perdido el tiempo en la lectura de un libro que narra sucesos fuera de toda verdad y verosimilitud. Fundados en el dicho de Pero Lopez de Ayala y en otros testimonios contemporáneos, podemos afirmar que el Amadís se escribió antes del año de 1360: ahora bien; Vasco de Lobeira nació en el año de 1370; luego no pudo escribir el Amadís.

Habiendo llegado el antiguo manuscrito de este libro á manos de Ordoñez de Montalvo, natural de Medina del Campo, rejuveneció el estilo, corrijióle algun tanto y lo dió á la estampa hácia el año de 1492; pero desgraciadamente esta edicion se ha perdido y la que corre como primera es la del año de 1519. A contar desde esta fecha, innumerables ediciones y traducciones se hicieron del Amadís.

Cervantes, en el escrutinio de la librería del ingenioso hidalgo, juzga el Amadís de esta suerte: «Como dogmatizador de una seta tan mala, se le debiera condenar al fuego,» dice el cura. «No, responde el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor que en este género se ha compuesto; y así, como único en su arte, se le debe perdonar.»

La posterioridad ha confirmado este juicio: en efecto, la fluidez y naturalidad de su es-

tilo, cosa que, como nota Tiknor, es verdaderamente extraña en un libro de caballerías; lo bien pintados que en él se encuentran los sentimientos caballerescos; la variedad de tonos que en él se hallan, justifican el juicio de Cervantes. Pero el lector de nuestro siglo apenas puede comprender cómo se leia con avidez una obra, en que lo enredado del argumento confunde la imaginacion, y donde el interés desaparece por completo al leer combates y batallas en los que el éxito no es dudoso, pues siempre han de redundar en prez y gloria del héroe.

Las sergas de Esplandian, hijo de Amadís, el Amadís de Grecia y Agesilao de Calcos, D. Silvis de la Selva, D. Belianís y el Espejo de Principes y Caballeros, constituyen la innumerable familia de los Amadises; mereciendo el olvido en que yacen, por la pobreza de su invencion y lo amanerado de su estilo. Eexceptuarse debe, sin embargo, el Don Belianís, libro que Cervantes juzga digno de ser leído.

V.

Poco tardó en nacer en España otra familia de héroes ficticios: la de los Palmerines. El primero de ellos es el Palmerin de la Oliva impreso en 1523; sabido es que Cervantes condena á el corral á este mal aventurado libro. El Primaleon y Polencos y el Caballero Platir, forman su continuacion. Pero la obra más importante de esta familia es el Palmerin de Inglaterra. Cervantes le cree digno de ser guardado en una caja como la que Alejandro disputó para las obras de Homero. Atribúyese á Luis Hurtado, poeta toledano. D. Duardos cierra esta familia. Dice Tiknor que existen á más de los libros de que llevamos hecha mencion, más de cuarenta que no pueden clasificarse en determinada familia. Tirante el blanco, de Montorell, poeta catalan: D. Cirone de Tracia, Félix Marte de Hirecania, y la Historia del emperador Carlomagno, son los más notables entre los de caballerías sueltos.

Este género literario toma una nueva tendencia puramente religiosa siguiendo las huellas de la Demanda del S. Grial. Hieróni-

mo de S. Pedro escribe, con objeto de concluir con los libros de caballerías profanos, polilla y destruccion de la república, su Caballería Celestial, impresa en Valencia en 1554. Consta de dos partes: la primera se titula *Raíz de la Rosa fragante* y no es más que una exposicion alegórica del antiguo testamento hasta los tiempos de Ezequías: la segunda lleva por título *Hojas de la Rosa fragante* y se ocupa del Nuevo testamento. Prometió una tercera parte con el título de *Flor de la Rosa fragante*, pero no la publicó. Escaso éxito tuvo esta tentativa, si bien no dejó de publicarse alguna que otra obra con el mismo carácter y tendencias.

La aparicion del Quijote, obra prodigiosa, de un génio sin segundo, da el golpe de muerte á la literatura caballeresca. En la profunda sima del olvido yace sepultado tanto y tanto ficticio caballero: polvo y herrumbre son sus fantásticas armaduras. Ensalcemos á los Felicianos de Silva, á los Ordoñez, Diaz Rivera y Fernandez; sin sus desatentadas producciones no existiría el Quijote, y España no contaría en su parnaso un génio digno de competir con los Homeros, Virgilio y Dantes.

JOSÉ ESPAÑA LLEDÓ.

Habiendo llegado á nuestro poder, algunos originales de los versos de la Srta. D.^a Amparo García, jóven poetisa que en la soledad del cláustro, dedica sus ocios al cultivo de las letras; tenemos hoy la satisfaccion de dar á conocer una de sus sentidas inspiraciones religiosas, insertando en nuestras columnas la siguiente poesia, tomada al azar entre las de su coleccion manuserita, y que por su sencillez y belleza, como por el objeto á que está dedicada, creemos será del agrado de nuestras lectoras.

Á MARÍA.

Virgen bendita,
mágica estrella,
rosa fragante,
pura violeta,
cedro frondoso,
fuerte palmera;

oye el suspiro
con que se queja,
quien rendida te invoca por madre
de la clemencia.

Yo sé, Señora,
que, quien se llega
y de tu manto
la orilla besa,
siente en su pecho
fé verdadera,
siente una llama
que lo enajena,
siente, en fin, el aroma suave
de tus esencias.

Sé, que favores,
Virgen excelsa,
dás al que humilde
te ama y te ruega:
sé, que te agradas
de la inocencia;
y al desvalido
tu mano muestras:
sé, que al que llora
triste, consuelas;
que de los niños
madre eres tierna:
sé, pues, mi madre,
y en tu presencia,
deja que lllore
todas mis penas,
y que goce tranquilo mi pecho
paz duradera.

Ya ves que vengo
firme y resuelta,
á consagrarte
mi vida entera.
Dáme, Señora,
en cambio de ella,
una sonrisa
de esas tan tiernas,
que merece, cual gloria temprana,
quien te venera.

Virgen bendita,
pura azucena,
cedro frondoso,
fuerte palmera:
ya de tu lado
nadie me aleja:
sé compasiva
y oye mis quejas,
por que quiero quedarme prendida
de tus cadenas.

AMPARO GARCÍA.

LA REBELION DEL ALBAICIN.

EPISODIO DE LAS GUERRAS DE GRANADA.

(CONTINUACION.)

IV.

Azaator, cuando enojado con su esclava, ó más bien con sus propios pensamientos, hizo callar á la Curandera, despidió á su servidumbre y bajó á su jardín á refrescar su frente con el suave contacto de las áuras balsámicas y regeneradoras de la noche. No podía sin embargo desechar las candentes ideas que atormentaban su espíritu; y con esa tenacidad con que suelen acosarnos las memorias tristes ó las amargas reflexiones que quisiéramos apartar de nosotros, encontrándose libre en la soledad y las tinieblas, exclamó:

—¡Dios justo y omnipotente: cuán cierta va saliendo la fatídica predicción del intrépido Muza en el mexuar, al tiempo de leerse las capitulaciones para la entrega de Granada! «Dejad, dijo, ese inútil llanto á los niños y las mujeres: tengamos todavía corazón, no para derramar tiernas lágrimas, sino para verter hasta la última gota de nuestra sangre. Hagamos un esfuerzo de desesperación: yo estoy pronto á acaudillarlos para arrastrar con denuedo y corazón valiente una muerte honrosa en el campo de batalla. ¿Nó? Si nó, oigamos con paciencia y serenidad estas mezquinas condiciones, y doblemos el cuello al duro y perpétuo yugo de una vil esclavitud. ¿Pensais que los cristianos serán fieles á lo que os prometen, y que el rey de la conquista será tan generoso vencedor como venturoso enemigo? Os engaíais. Tienen sed de nuestra sangre y se hartarán de ella: la muerte, con todo, es lo ménos que nos amenaza. Tormentos y afrentas más graves nos prepara nuestra enemiga fortuna: el robo y el saqueo de nuestras casas; la profanación de nuestras mezquitas; los ultrajes y violencias de nuestras hijas y mujeres; la opresión y los mandamientos injustos; la intolerancia cruel y las ardientes hogueras en que abrasarán nuestros miserables cuerpos: todo esto veremos con nuestros ojos... lo verán, al ménos, los miserables que ahora temen la honrada muerte; que yo por Aláh, no lo veré. La muerte es cierta y está de todos muy cercana: ¿pues por qué no empleamos el breve plazo que nos resta para morir, defendiendo nuestra libertad? La madre tierra recibirá lo que produjo, y al que faltare sepultura que le esconda, no le faltará cielo que le cubra. ¡No quiera Dios

que se diga que los nobles granadinos no osaron morir por su patria!»

—¡Oh, sí, el valiente Muza tenía razón! Pero ¡Dios mío! no es lo mismo cerrar una larga campaña, resistiendo en lid honrosa hasta morir en defensa del hogar, que levantarse en rebelion abierta contra el dichoso vencedor que nos ha sojuzgado. Algunos años de dulce paz y regalado abandono, de gratos goces y apacible molicie, han enervado la fuerza de nuestros corazones, han enfriado el ardor de nuestra sangre y han hasta entumecido nuestros robustos brazos. Luego, es posible que Cisneros quiera realmente nuestro bien y se proponga nuestra eterna salvación. El arzobispo Talavera está unido á él, con sumision absoluta: nuestros fieles morabitos y nuestros venerables alfaquíes han vuelto de la Alcazaba, convencidos: el propio fray Hernando ha dicho, que Cisneros ha conseguido triunfos mayores que D. Fernando y D. Isabel, porque estos, sólo conquistaron el territorio, mientras aquel ha ganado las almas de Granada. Yo me confundo, titubeo, desfallezco y tal vez...

Aquí llegaba el Zegrí en sus meditaciones ó en la lucha que su espíritu sostenía, cuando la Curandera se le puso delante, y con voz dura y acento breve, le dijo:

—Azaator, un capellan del ministro Cisneros viene á llamarte de parte suya. ¿Quieres oírle?

—¡Ah! sin duda estaba escrito. Voy, pues!

El Zegrí Azaator entró apresuradamente en su casa; la Curandera, que habia oído las últimas palabras de su monólogo, y vió, al pálido reflejo de la luna, sus ojos humedecidos por las ardientes lágrimas que su íntimo dolor y sus penosas reflexiones habian, como nubes borrascosas, levantado en su revuelto corazón, se quedó viéndole ir, fria, impassible, rígida, indomable.

De pronto, y á la manera del metálico quejido de una estatua de bronce, por el choque repentino de un fuerte guijarro herida, se desprendió de su pecho, sin que sus labios apenas le pronunciaran, este romance, ya entonces muy cantado por el vulgo:

—«En la ciudad de Granada
grandes alaridos dan:
unos llaman á Mahoma,
otros á la Trinidad.
Por un cabo entran las cruces,
de otro sale el Alcoran:
donde antes oían cuernos,
campanas oyen sonar.
Te Deum laudamus se oye
en lugar de *Aláh, Aláh, Aláh,*
No se ven por altas torres
ya las lunas levantar;

mas las armas de Castilla
y Aragon, ven campaar.
Entra un rey ledo en Granada;
el otro llorando va:
mesando su blanca barba,
grandes alaridos da:
«¡Oh mi ciudad de Granada,
sola en el mundo, sin par!»

V.

No se sabe lo que Cisneros dijo al Zegri, que fué seguidamente conducido a su presencia por el capellan del ministro. Tal vez este le trataría con demasiado rigor, é indignado el moro, resistiría, con esa enérgica fuerza y esa obstinacion invencible que dan á las almas de buen temple las violencias y hasta las amenazas. Ello es, que Azaator volvió á su palacio irradadísimo contra Cisneros, y su esclava, la inflexible Curandera, no tuvo, al ménos por entonces, motivo de mirarle con desprecio por la poca firmeza de su fé y la debilidad de su carácter.

Pasaban dias y meses, y Azaator no dejaba de recibir, ya los mensajes que de Cisneros le llevaba al capellan Pedro de Leon, el cual, sin duda, era el de mayor confianza de este; ora los regalos con que el sagaz ministro tentaba su avaricia: pasion y vicio á que se inclinaba más de lo que su régia estirpe hubiera hecho esperar, á quien desconociese la maravillosa generalidad del adagio: «dádivas quebrantan peñas;» bien, por último, las elocuentes exhortaciones del sabio y celoso prelado, cuyo talento superior, profunda ciencia y encantadora palabra tenian un poder grandisimo y comunmente irresistible.

Pero el Zegri, á quien hemos visto vacilar y desfallecer en un momento dado, puesto frente á frente de Dios, en la inmensidad de la noche y en el abismo de la soledad, resistia tenazmente y se obstinaba en seguir su fé, su ley, sus usos y costumbres: cosa que sorprendia de un modo extraordinario á los que sabian que Cisneros alcanzaba frecuentemente otras, al parecer, más difíciles conversiones; pero hecho que se explica de una manera satisfactoria reflexionando que la Curandera no transijía con la idea de renegar, y siendo la esclava favorita de Azaator, le sujetaba y retenia en lo que ella, dominadora de su voluntad impotente, apreciaba como una indeclinable obligacion. Siempre la mujer subyugó al hombre, y á su capricho le transformó en ángel ó demonio, héroe ó traidor, cristiano ó musulman: por eso, y en el mismo sentido en que un estadista de indisputable talento decia á sus adversarios: «dadme la enseñanza de la juventud, y quedaos con todos los otros medios de gobierno,» la

iglesia puede tambien decir á sus enemigos: «llevaos á todos los hombres; yo me quedo con todas las mujeres.»

Cárlos Fourier, el utopista de más ingenio que ha existido para hacer la propaganda de sus doctrinas, una vez desengañado de que con ellos no ganaba terreno de un modo permanente y definitivo, se dirigió á ellas; y tal vez hubiese conseguido arraigar sus teorías de la atraccion pasional, los movimientos armónicos y el socialismo falansteriano; sin las repugnantes orgías de Menil-montant y el paso de la escuela socialista al comunismo.

Pero volvamos al Zegri Azaator. El prelado ministro, el impaciente Cisneros, dispuso que su capellan de mayor confianza se encargase de ablandar un carácter tan emponzoñado y endurecido; como hábil cirujano que, vista la ineficacia de los resolutivos para extinguir un tumor, acude á la puncion ó la incision para extirparle; cuidando de rellenar el vacio que la operacion produce, con materias á propósito para sanear y favorecer la fuerza plastica de la carne. El capellan elegido por Cisneros, fué justamente Pedro de Leon, á quien ya conocia y estimaba el Zegri; qué *leon* era (dice un cronista, jugando gallardamente con el equivoco) así de corazon como de nombre. No pasaron muchos dias despues sin que Azaator se presentase al arzobispo, á quien dirigió este breve discurso, si hemos de creer á Luis del Mármol:

«Reverendísimo padre. Aláh se ha dignado aparecérseme en la noche anterior, para manifestarme el error fundamental en que estaba, y mandarme que al punto pida las aguas del bautismo. Yo las vengo á solicitar de V. R.; y á la vez le digo, que para reducir á los moros más obstinados, no tiene V. R. más que entregarlos á este Leon; pues no quedará musulman que no se haga cristiano, y en pocos dias.»

Si el enigma que se encierra en la inverosímil conversion del Zegri, no se quisiera descifrar por el eficaz auxilio de la divina gracia, la cual, sin duda, es la explicacion mejor, pudiera presumirse que á las exhortaciones y amenazas de Cisneros, á sus promesas y regalos, aumentaría Leon grados de fuerza, las bastantes á vencer aquel carácter soberbio y altivo; como si, en vez de pláticas elocuentes, empleó los argumentos del terror y la intimidacion; ó en lugar de los obsequios y agasajos, que solo obligan la voluntad de un modo pasagero, hizo mediar dádivas cuantiosas, de aquellas cuyo brillo suele ofuscar y cuyo peso suele rendir al hombre de más serena vista y de ánimo más fuerte.

Pero el novelista, usando de su raro privilegio, que es de los pocos que aun subsisten, puede hacer observar á los lectores, cómo el

diplomático Leon, el cual nadie niega que hubiera dado una vuelta y hasta dos á los Tallayrand y Metternich, los Cavour y los Bismark de nuestro tiempo, cruza una noche, al salir del palacio de Azaator, estas palabras con la Curandera, que va, alumbrándole, hasta la puerta del jardín:

—Toma este bolsillo, completamente lleno de monedas de oro, y véte a las Alpujarras, como anoche me prometiste.

—Venga, señor capellan; y antes del amanecer iré camino del presidio de Andarax; en donde tengo á mis padres, mis hermanos y mi querido Gazul que es mejor mozo y más jóven que Azaator.

VI.

La conversion del Zegri Azaator decidió á muchos á pedir el bautismo, y entonces fué cuando los muezzines y los principales moros, vendidos por este ejemplo, tanto como por los sermones del *Alfaquí de las Campanas*, segun ellos decian, ó tal vez más (como Mariana escribe) *por lo que les daban*, persuadieron á las muchedumbres á que se cristianasen: de suerte que, faltando tiempo para bautizar á cada individuo particularmente, hubo que administrar por aspersion, deramando con el hisopo sobre la multitud algunas gotas de agua bendita. Mil, dos mil y hasta cuatro mil personas se presentaban al dia en solicitud de esta regeneradora lluvia,

El buen fray Hernando de Talavera estaba sorprendido, y unía su voz á los gritos de las gentes que exclamaban: ¡milagro! Aun los historiadores ménos sospechosos de cándida credulidad ó insuperable fanatismo, como Robles, Gomez de Castro y el propio padre Mariana, consignan, con palabras del primero de los tres, que *al fin Cisneros truxo á conocimiento del verdadero Dios, con halagos, dádivas y caricias*, á los infieles vencidos de Granada; si bien es de recordar siempre, con Marmol, como aquel se valia de leones de fuertes garras para apresar á los emperdenidos y recalcitantes; ó lo que Navarro y Rodrigo hace notar, de que el insigne arzobispo de Toledo, con poseer cuantiosísimas rentas de su iglesia primada, las empeñó por muchos años con sus liberalidades y los inmensos gastos que tuvo que efectuar para convertir á los moros.

Pero tarde ó temprano la violencia llama á la violencia, como el abismo al abismo; y aun despues de los bautismos en masa y las ruidosas adhesiones á nuestra religion de los sábios y elevados doctores árabes, muezzines y alfaquies, moros de calidad y hasta de estirpe régia, cual el Zegri Azaator, y otros innumerables desertores del paraíso de Ma-

homa, que bañándose en el Jordan del cristianismo, aspiraban á gozar las celestiales visiones y las inefables y purísimas dulzuras de la bienaventuranza; todavía los castigos de moros que no se convertian, eran frecuentes, y estaban llenas las cárceles de presos sin más delito que su obstinacion en conservar su fé; de manera que se hallaban perplejos entre el estupor y la ira los ánimos de los moros. La situacion había llegado á ser en extremo tirante, y no era verosímil que acabara sin una solucion de continuidad por arriba ó por abajo.

No se conspiraba individualmente para llegar á producir la rebelion; pero todos eran conspiradores, sin saberlo: había, si así decirse puede, una atmósfera de conspiracion. Estas son las situaciones en que basta una chispa, de cualquier modo arrancada del pederal de las pasiones por el eslabon del sentimiento público, para producir esos grandes incendios que se extienden con espantosa rapidez y todo lo abrasan y destruyen: es que hay una materia inflamable por el aire difundida; ó tal vez que se pueden dar en los pueblos combustiones espontáneas, lo mismo que en las personas. Ello es lo cierto, que muy frecuentemente una y otra hoguera encendidas á fuerza de soplar en multitud de ascuas aplicadas á combustibles laboriosamente hacinados por la mano del hombre, se apagan con el agua lanzada por las bombas, y aun mejor con los torrentes desgajados de las nubes; mas el fuego que prende y se propaga instantaneamente de un modo simultáneo, por todas partes á la par; el aire que se inflama, como arden los horizontes de mar y cielo en una noche de borrasca, en una tempestad de los trópicos; ni hay quien le extinga ó limite, ni hay tampoco quien le vea principiar, sin verle al tiempo mismo en toda su fuerza, en toda su plenitud y en todo su apogeo.

De este modo se puede concebir el estado de Granada en los momentos en que tuvo lugar la rebelion del Albaicin. Un dia estaba en él Salcedo, mayordomo del primado toledano; y el alguacil real, Velasco de Barriónuevo, bajó de la Alcazaba á hacer una prision. Hé aquí la chispa que determinó el incendio. Mal mirado Velasco por los moros, á causa de la prevencion del vulgo contra los de su oficio, más aun si lo practican con dureza y con exceso de celo, fué recibido en el Albaicin con esas sordas murmuraciones y reprimidas amenazas, que son los vagos ruidos que preceden á las tormentas: ruidos indefinibles; graznidos de aves agoreras; ahullidos de fatídicos animales; ecos pavorosos de las montañas, los desiertos y los océanos, que si no son presagios portentosos de tem-

pestad, ni avisos misteriosos que la naturaleza da á los hombres, ó que los pueblos dan á los que dirijen las sociedades, para que se aperciban de que se forma y va á estallar la borrasca, por lo ménos son síntomas infalibles de lo desconocido y acaso lo inesperado, lo imprevisto, lo inverosímil quizás: prodromos que sirven de mensageros y aposentadores á un contagio que aparecerá en seguida con la rapidez imponente y horrorosa con que del cielo se desprende contra la tierra el rayo asolador, y en el mundo sublunar se verifican las más terribles catástrofes.

(Continuará.)

N. DE PASO Y DELGADO.

SACRIFICIO Y ABNEGACION.

CUENTO INDIANO.

Érase un mancebo llamado Simagú. Ágil, robusto y fuerte, había heredado de su virtuoso padre la bondad del corazón, la fé y el temor al Grande Espíritu.

Ninguno como él, valeroso en el combate, diestro y sereno en la caza del tigre y del leopardo: ninguno como él, afable con el humilde y bondadoso con el débil.

Su choza no estaba nunca cerrada para el indigente, ni su brazo se negó jamás á proteger al desvalido.

Un día, al cruzar cazando por la selva, se presentó á sus ojos cerca del aduar vecino, una hermosa vision: tal la juzgó su fantasia.

Era una jóven esbelta como la enhiesta palmera: de rostro más bello que las flores del bosque vírgen: más dulce que el reflejo de la luna en el cercano lago.

Y la amó con toda la vehemencia de su jóven corazón; con todo el ardor de sus sentidos; con toda la veneracion de su alma.

Y averiguó quién era su padre, se la pidió en matrimonio, y el padre se la concedió.

Y la jóven, que hasta entonces no conocía á Simagú, le amó tambien. El aspecto varonil y agradable del mancebo la impresionó profundamente, y su alma le tomó por dueño, al oír relatar los rasgos de su bondadoso carácter.

Llegó al fin la vispera de la proyectada boda. La jóven bajaba absorta y distraida por la selva vecina, inmediata á la choza de su padre.

Era feliz: mas no reía saltando como otras veces, ni acompañaban sus dulces cantos á los trinos de los pajarillos del bosque.

El sol le parecía más brillante, más bellas las flores, más trasparente el lago, más puras las auras, y sin embargo, suspiraba su pecho y languidecian sus ojos.

Amaba y esperaba.

De repente, un venenoso áspid escondido entre la yerba, levantó la cabeza ó hirió su pié desnudo.

En el mismo instante de sufrir la mordedura, la jóven sintió que el frio de la muerte corría por su cuerpo, helaba su corazón y paralizaba sus delicados miembros.

Simagú la vió desmayar y caer. Corrió á su lado, y sus lamentos atrajeron á aquel paraje á sus deudos y amigos. La jóven no existía ya.

Simagú sintiendo doblegarse en su brazo aquel hermoso lirio un momento antes tan bello, y ya sin color, sin fragancia y sin lozanía, se entregaba á la más violenta desesperacion: increpaba al mundo, maldecía su estrella, y llamaba con los más dulces nombres á la pura vírgen que ya no podia oírle ni responderle.

El cielo amigo tuvo compasion de su quebranto. En medio de su delirio, oyó una voz de lo alto que le decía:

«Jóven, si quieres resucitar á tu desposada, cédele la mitad de tu vida, y sus ojos recobrarán al punto la luz, las rosas volverán á sus mejillas y el aliento á su pecho.»

Simagú sin vacilar le dió la mitad de sus días: la jóven volvió á la vida, y fué la esposa de Simagú.

Vivían dichosos: gozaban sin ambicion los dones de la próspera naturaleza: aliviaban los dolores de sus semejantes y bendecían al cielo.

Una modesta choza al extremo del bosque, era el nido de su cariño. Apoyada en vistosos árboles de forma diversa, que agrupados sobre las rocas se elevaban á prodijiosa altu-

ra, se escondía entre aromosos arbustos y matizadas flores.

Un nuevo y dulce lazo vino á sellar la unión de la liana y la encina; una flor nació entre ellos con el perfume de la jóven madre y la fuerte savia del padre.

En aquel tiempo, los vientos nocivos corrieron sobre aquella comarca. Su cielo perdió la dulce transparencia; sus salubres brisas se extinguieron, y la muerte se aspiraba en el pesado ambiente; las flores del bosque se marchitaban, y enmudecían las aves de la selva. Simagú fué atacado por el contagio, é iba á morir.

Su jóven esposa moría también de dolor.

Desesperada, loca, perdida la esperanza, salió de la choza donde agonizaba su jóven compañero: era el despuntar del día. Acercóse á la cuna de musgo que se mecía entre dos arcos, é imprimió un triste beso en la frente de la dormida criatura.

El tierno hijo de Simagú despertó, y al despertar sonrió á su madre, como los pajarillos cantan al recibir el primer rayo del astro del día.

Aquella inocente sonrisa fué un dulce bálsamo para el lacerado corazón de la jóven madre. Y cojiendo á la criatura en sus brazos, estrechándola contra su seno, fervorosa, delirante, rogó de hinojos al Grande Espíritu por la vida de Simagú.

Y oyó una voz que descendía del cielo, diciéndole:

«Mujer, si quieres dar tu vida por la vida de Simagú, él vivirá; y despues de tu muerte buscará otra compañera para su choza y otra madre para tu hijo.»

La jóven, con un acento dulce como el viento en las cañas del lago, y triste como el canto del cisne, respondió:

—Simagú es mi esposo, mi señor, mi segundo padre: suya es mi vida; muera yo y que él se salve. Mas... ¿por qué ¡oh Dios! me habéis revelado que despues de mi muerte buscará otra esposa, y dormirá en otro regazo el hijo de mis entrañas?..

Y la pobre madre estrechaba aun más contra su seno al inocente niño y le bañaba con sus lágrimas.

Entonces, un estruendo mayor que el de cien tormentas, aterró el bosque y la selva, y una voz potente como la tempestad, la dijo:

«Mujer, no acuses al Grande Espíritu, señor de cielo y tierra. Ha querido someter á una gran prueba tu cariño y tu fé; pero tú no has sucumbido á la tentación, y tu fé y tu cariño te han salvado. Tu esposo vivirá, y tú vivirás con él. Simagú no tendrá jamás otra esposa que tú, y tu hijo no llamará madre más que á tí.»

Al imponente estruendo, sucede un vago concierto de dulces melodías, suaves murmullos y cadenciosos cantos: el bosque y el lago saludan al nuevo sol con sus gratas y salvajes armonías, percibiéndose entre ellas estas palabras:

«Dichosos los que sufriendo, tienen fé en su Dios; por que ellos serán consolados.»

JOSÉ ACOSTA.

EL FINAL DE UNA HISTORIA.

Llamé á tu corazón, amada mía,
y mudo le encontré, mudo y desierto;
ya no vibra á mi voz como algun día;
tu corazón ha muerto.

Vendrá quizás un tiempo no remoto
que triste y sola llamarás tú al mío,
y, cual sepulcro profanado y roto,
lo encontrarás vacío.

Tal suele entre las cumbres movedizas
del monte, por las nieves coronado,
aventar el viajero las cenizas
de un volcan apagado.

MANUEL DEL PALACIO.

Granada, 1868.

La anterior poesia forma parte de una coleccion que, con el título de «Un Liberal pasado por agua», acaba da publicar su autor, tan conocido y apreciado en esta Ciudad.

REVISTA.

Contra lo que esperaban algunos pesimistas, que en todas partes los hay, la quinta reunion de confianza que tuvo efecto el 29 del mes anterior, estuvo, si cabe, más concurrida y animada que las anteriores.

Fundábanse aquellos, ya en la circunstancia de ser segundo día de feria, ya en la lluvia que por aquel tiempo nos regalaban las nubes; pero afortunadamente ni lo uno ni lo otro retrajo á las bellas de asistir á los salones de nuestra sociedad, y por lo tanto mucho menos á los hijos de Adán, que siempre acuden á donde no faltan hijas encantadoras de Eva.

Una prueba palpable del deseo con que se esperan estas deliciosas *soirées*, y del atractivo que en ellas encuentran los socios, fué la puntualidad que hubo por parte de todos á las nueve, hora designada como más conveniente, por el adelanto de la estacion; pocos momentos despues de haber sonado, ya los pollos impacientes por animar la reunion, sacaban elegantes parejas y rendían culto á Terpsicore, bailando un acompasado *rigodon* dividido en tres tandas.

Deberé consignar aquí, sin que esto sea mi opinion particular, sino la de muchos que piensan como yo, y que por lo tanto, á mi modo de ver, piensan bien, que este baile, pese á sus detractores que lo creen extraño á la época actual y propio sólo de nuestros abuelos, además de ser suficiente para satisfacer la afición de los *danseurs*, presenta un golpe de vista muy agradable, y es, con los de su clase, el único que debe ser admitido en las cultas sociedades. Tanto este *rigodon*, como la *virginia* que se bailó al mediar la reunion y los *lanceros* que terminaron tan agradable noche, estuvieron cada vez más animados, habiendo la más esquisita amabilidad en las jóvenes y la más franca galantería por parte de los caballeros.

En la parte de canto oímos tres piezas muy notables, desempeñadas con gran afinacion y maestría. Una, aria de la ópera *Leonora*, de Mercadante, perfectamente interpretada por la Srta. D.^a Amalia Hernandez, acompañada por su profesor Sr. Espinel y Moyá; otra, duo de *Pia de Tolomei*, por la misma y la Señorita D.^a Asuncion Rodriguez del Rey, quien uniendo su magnífica voz de contralto á la delicada de su compañera, formaron el más agradable y encantador contraste; y otra, el polo de la zarzuela *En las astas del toro* cantado por D. Juan Manuel Blanes y varios de sus amigos, acompañados por el Sr. Guillen.

Tambien se ejecutaron al piano excelentes y difíciles piezas. La Srta. D.^a Eladia Garcia y su profesor, el mismo Sr. Guillen, tocaron á cuatro manos una fantasía sobre motivos de *Giovanna d' Arco* dando ella á conocer los precoces adelantos que ha logrado hacer á su corta edad en el arte de *Bellini*, y siendo acompañada por su maestro como no podía ménos de esperarse. El Sr. D. Ednardo Soria deleitó á la reunion con la tanda de valses titulada *Recuerdos de Biarritz*, mereciendo con sobrada justicia los elogios y placeres que de todos recibió. La Srta. D.^a Carmen Fernandez Gomez lució igualmente sus brillantes dotes y esmerada ejecucion en una fantasía sobre la ópera *Norma*. Y por último, la Srta. D.^a Dolores Villegas en otra fantasía de Thalberg sobre el *Moisés*, logró arrebatarse de entusiasmo al auditorio, alcanzando, como los anteriores, un espontáneo y nutrido aplauso.

La seccion de literatura nos ofreció esta noche cuatro bellísimas poesías, que sentimos no publicar por falta de espacio. Una titulada *Maria al pié de la Cruz* de D. Manuel Seco y Shelly, llena de delicados pensamientos y sonoras frases, leída por su autor con el sentimiento y la entonacion propios de tan elevado asunto; otra, *Serenata oriental*, de Don Saturnino Calzadilla que tenía el colorido propio de esta clase de composiciones; otra de D. Mariano Pina Dominguez, quien con el título de *¡Parece mentira!* explicó en unas ocurentes quintillas las novedades que ha encontrado en nuestra ciudad á su regreso de Madrid; esta poesía fué leída por D. Antonio Salazar, porque el Sr. Pina con harto sentimiento de todos sus amigos, no pudo asistir á la reunion. Y últimamente el Sr. D. Nicolás de Paso y Delgado nos hizo oír un precioso romance titulado *Desagravios*, del mismo corte del que nos ofreció en otra noche anterior, y en el que efectivamente desagraviaba á *ellas*, haciendo su elogio, del rigor con que en su primer romance las habia tratado, dirigiendo ahora al sexo feo su amigable y humorística sátira. Todos los poetas fueron escuchados con el mayor gusto por la concurrencia, siendo justamente aplaudidos.

Despues de tres horas de solaz, que para los asistentes transcurrieron en un momento, retiráronse todos muy complacidos y sintiendo no sean más frecuentes estas reuniones, en las que van estrechándose más cada día los lazos de amistad que en ellas se han contraído.

S. PEREZ MONTOTO.